

EN BUSCA DE LA OPOSICION PERDIDA

POR muchas advertencias que se le hagan desde fuera —y las de Santiago Carrillo, hablando en el acto de apertura de la reunión del Comité Central, son las más severas—, UCD va a gobernar prácticamente sola. Y se va a inclinar a la derecha. Es su opción. La derecha es su campo: procede de él, se apoya en él, ha recibido de la derecha los votos que le permiten conservarse en el poder. No es justo decir que el país "es de derechas". La mayoría que Suárez va a conseguir en el Parlamento no es la mayoría del país. Las formas electorales, la configuración constitucional, el armazón democrático que se ha creado en este tiempo lo permiten así. El riesgo de inestabilidad que ve venir Santiago Carrillo es cierto. El país puede ser sociológicamente moderado —lo cual es una ventaja, y un equilibrio, por el momento—, puede ser psicológicamente equilibrado. Pero socialmente es un país nervioso, inquieto. Podría decirse que gravemente enfermo. Hay una tensión que va desde la facilidad de los disparos de cada día hasta la renuencia en el trabajo, pasando por una crisis de autoridad que se ha hecho crónica. La vocación de centro es más bien una expresión de deseos que un sentimiento real de que UCD la haya conseguido durante su gobierno. Su error de apreciación puede ser el de considerar que los votos obtenidos y los escaños conquistados, por sí misma o por maniobras poselectorales con los grupos supletorios que necesita, sean un premio a la labor realizada y un estímulo a continuarla por los propios medios.

SE puede gobernar desde la derecha un país socialmente inquieto, económicamente precario, mal definido políticamente? La única manera conocida para ello es el cierre de ciertos mecanismos de libertad. UCD ha mostrado ya que trata de utilizarlos, que se encuentra segura en ellos. Las fuerzas de la derecha que desde fuera del Parlamento van a participar en estos cuatro años de gobierno la instan a ello. Para darle un apoyo que le es imprescindible, exigen su contrapartida. UCD no tiene ya los frenos de la "etapa de transición": tiene, en cambio, la euforia de haber colocado toda su organización de la democracia, a partir de la Constitución, y haber atravesado todas las pruebas intermedias. La instrumentación política que hay en el país, desde la institución de la Corona y sus poderes constitucionales, hasta la administración del régimen local, ha salido del baúl de sus cerebros. Ha configurado el país legal a su imagen y semejanza. ¿Quién le va a impedir, ya, la utilización máxima de sus poderes?

LA respuesta es, en teoría, sencilla: el Parlamento. Aunque tenga la mayoría. El Parlamento y la preparación de las futuras elecciones generales. En el Parlamento, la izquierda, aun en minoría —como consecuencia de su incapacidad para sumar un esfuerzo, y como resultante también de las fórmulas matemáticas de la elección—, tiene una fuerza considerable. Tiene, sobre todo, la cámara de reverberación de ideas y de palabras que le puede hacer ganar la confianza de un país que no la tiene, ahora, más que parcialmente. Desde el Parlamento puede hacer una labor de oposición.

EL concepto de oposición como desgracia es algo que sólo se puede tener si se considera que lo que hay que conquistar a toda costa es el poder. Pero la oposición es una fuerza de gobierno. Sabe descubrir los abusos que pudieran prepararse desde el Gobierno: sabe denunciarlos y exponerlos. Sabe presentar la otra cara de la moneda del triunfalismo gubernamental. Sabe interpelar al Gobierno, sabe presentar mociones. Si examinamos los progresos de la izquierda —como sistema de vida— realizados en Europa desde que comenzó este siglo por lo menos, y los comparamos con el tiempo de estancia en el poder político de esa misma izquierda, veremos una desproporción gigantesca. La izquierda ha conseguido más desde fuera que desde dentro del poder; cuando ha estado en el poder lo ha hecho en condiciones tan difíciles y con tanta necesidad de producir acuerdos con otras fuerzas del país, que casi ha sido menos eficaz.

ESTO no quiere decir, ni muchos menos, que la izquierda deba aspirar a ser una oposición y no un Gobierno. Lo que quiere decir, simplemente, es que el derrotismo con que ha acogido el resultado de las elecciones generales no está justificado más que si se sigue considerando dentro de un sistema de pactos y arreglos; la forma en que ha trabajado hasta ahora no podrá funcionar si no se varía considerablemente la estrategia y la filosofía de esa oposición.

LA forma en que el señor Carrillo ha desarrollado su enfrentamiento con las nuevas condiciones tiene de todas formas un gran atractivo. Parece consistir en enfrentar al Gobierno con la necesidad de no inclinarse enteramente a la derecha, puesto que en el país hay otras fuerzas que no se van a conformar. El voto negativo que anuncia para la investidura



Con sus declaraciones, el señor Carrillo ha querido enfrentar al Gobierno. En el país hay otras fuerzas que no se van a conformar. En la foto,

LOS NUEVOS TRANSFUGAS

L A figura del tráfuga es antigua en la política; España los produce con abundancia, y estos últimos tiempos ha dado una buena cosecha. Los resultados obtenidos por estos tráfugas en su vida privada han sido tan excelentes que han animado a muchas personas de la otra conciencia a sumarse a ellos. Aparece estos días una nueva ola de tráfugas: son aquellos que se aproximan a UCD, aunque no la hayan votado. Se aproximan porque va a durar cuatro años, y las malas lenguas dicen que puede durar veinte. Como antes los ricos decían que lo difícil era la conquista del primer millón, y que los demás ventan solos, ahora se puede decir que lo difícil es conseguir el primer período gubernamental. A partir de ahí se domina el mecanismo. Los ejemplos de la Democracia Cristiana en Italia o del PRI en Méjico son clásicos: el tiempo no pasa por ellos. Son tan horribles como el primer día: quizá un poco más.

El tráfuga, después de todo, no es más que una persona aplastada por el Estado. Los tiempos modernos han construido unos Estados tan ricos en repartos de cargos, prebendas, honores, subvenciones, negocios y poderes, que a mucha gente les parece difícil vivir fuera del mecanismo. Si al mismo tiempo, el Estado —el Gobierno que lo representa, que lo administra— es duro con los que no son suyos, les castiga o aleja de las fuentes de este totalitarismo vergonzante y oculto, la sensación del pobre hombre que se ve fuera es de catástrofe. Hubo héroes que consiguieron vivir fuera del poder durante el reino de Franco, o simplemente aceptando unas relaciones mínimas que no les llevaran al drama. La sorpresa de estas personas dignas ha sido infinita al contemplar que los que mantenían no sólo relaciones de profundidad con el régimen, sino que eran el régimen mismo, iban a configurar el régimen siguiente, a proclamarse demócratas y a ser los nuevos administradores del poderío del Estado.

El culpable, en conciencia, no es el tráfuga: el culpable moral es el que produce el tráfuga. El que tiene en sus manos la vida de los demás: en una mano, el premio; en la otra, el castigo. El culpable es el que administra el Estado sin tener en cuenta los intereses de la colectividad, la eficacia del Estado en sí, sino los "buenos" y los "malos". Como la indignidad en el acto de la limosna no está en quien la pide, porque la limosna es lo último que le separa de la muerte definitiva, sino en quien crea un sistema en el que alguien tiene que pedir limosna.

Ya corren los tráfugas hacia la UCD. Piensan que no van a poder esperar cuatro años; y que si los pronósticos de que van a ser veinte se cumplen, sus vidas y sus esperanzas se habrán consumido. Los nuevos tráfugas esperaban que en estas elecciones se iba, por fin, a disolver el espectro de su marginación, de su aislamiento, de su imposibilidad de participar. Lo que muchos han perdido en estas elecciones no es su ideología: es su esperanza de que ya estuviera aquí el "cambio", de que se construyera un Estado abierto. No les queda más recurso que la vergüenza de ser tráfugas, el deshonor de ser tráfugas. Algunos que no cedieron a Franco lo hacen a UCD. Porque ya no pueden más. ■

POZUELO

del señor Suárez, el anuncio de que su partido va a pasar a la oposición —"neta, aunque constructiva"— al terminar la etapa del consenso, indican ya que la estrategia de la oposición está cobrando sentido. Puede ser que si no hubiera existido la etapa del consenso, la imagen de la izquierda sería hoy mucho más sólida, y UCD no estaría tan dispuesta a inclinarse hacia la derecha.

DE todas maneras, la importancia de la oposición va a estar sobre todo en el papel del Partido Socialista, por su número de escaños, y en la capacidad que el PSOE y el PCE tengan de alejarse de sus polémicas personales. No va a ser fácil. En la oposición, el PSOE va a tener que seguir estando de acuerdo con algunos de los puntos políticos internacionales desarrollados por UCD; va a correr el peligro de perder su batalla por la izquierda. En la lección electoral que pudieran haber recibido los socialistas estaría la de las pérdidas por falta de definición propia. Un partido que ha sido abiertamente acusado por el señor Suárez de colectivismo y de afinidad con los países del Este —lo cual es a todas luces distinto de lo que sucede—, pero que desde la izquierda se ve con cierta desconfianza por su inclinación hacia soluciones muy parecidas a las de UCD —lo cual tampoco es cierto— es que ha carecido de una verdadera proyección de imagen. Le ha fallado, en gran parte, sus mecanismos de propaganda y de divulgación; pero le ha fallado también lo que daría origen a una imagen más acorde: una política definida y clara. Si UCD va a tener menos razones de disimulo, si el PCE realmente se inclina hacia definiciones de oposición bastante claras, el Partido Socialista Obrero Español no puede continuar en su limbo.

VA a ser sin duda el Parlamento inmediato el que nos dé la medida de lo que aún queda por hacer en España en materia de política. A ello deben aplicarse los partidos políticos de la izquierda. Si no saben conseguirlo, crearán un vacío peligroso en el país. Porque al riesgo de inestabilidad que el señor Carrillo denuncia como posible hay que unir el riesgo de desprestigio de la izquierda, que inclinaría a los descontentos del poder a soluciones no parlamentarias. ■



En la necesidad de no inclinarse enteramente a la derecha, puesto que en el secretario general del PCE se dirige al Comité Central.